

**A**l revisar los dos nombres que nos convocan hoy día, uno vuelve a pensar que el curso de la historia no está hecho solo de los procesos sociales y el comportamiento colectivo sino también, con frecuencia, del empuje de algunos individuos. Se trata de individuos que transforman la misma sociedad que los ha creado, y que dejaron en su curso, un sello personal. Es el caso, me parece, de Cayetano Heredia y de Mario Vargas Llosa. Aunque nacen en épocas tan distintas, comparten un destino: el de haber sido creadores e impulsores, cada uno en su tiempo, de una renovación en el desarrollo cultural y social de nuestro país. Ambos son innovadores, pioneros, creadores de la historia. Sin ellos, me parece, el Perú no sería lo que es hoy.

Cayetano Heredia nace en Piura en 1797, en un hogar muy humilde. De su padre no tenemos muchas noticias y sabemos que no estuvo en casa durante la infancia de su hijo. Con el tiempo, fueron imponiéndose las características más importantes en la vida de Cayetano Heredia: su disciplina y creatividad. Fueron características que contrastaban con las de su tiempo. Qué época la de Cayetano, entre la decadencia colonial y el caos de los primeros años de la Independencia. Al médico, cuyo nombre lleva esta universidad, le tocó vivir de cerca una de las épocas más convulsas de nuestra historia. Vivió la guerra de la Independencia y los avatares del reordenamiento de la administración pública. Durante la primera mitad del siglo XIX, seguramente contempló con asombro cómo se sucedían gobiernos y golpes de estado. Hay que recordar que en los cinco años que van de 1840, cuando es presidente Agustín Gamara hasta 1845, inicio del gobierno de Ramón Castilla, se turnan once presidentes en Palacio de Gobierno. Hubo un año entre 1829 y 1830, en el que tuvimos cuatro presidentes. Aunque vive en estos tiempos tan inciertos, Cayetano se propone metas firmes para el desarrollo de nuestro país. Es alumno de la Facultad de San Fernando fundada por Hipólito Unanue. Su gran proyecto desde entonces es introducir el estudio de las ciencias en un país dominado por los prejuicios y el atraso. En 1825, Cayetano es catedrático de San

Fernando, luego rector del colegio de la Independencia. Se hace amigo de Manuel Atanasio Fuentes, el escritor conocido como el Murciélagu, gracias a quien sabemos de los detalles de su vida. En un país dominado por el provincianismo y el caos, Cayetano se empeña en la educación y la ciencia. Es profesor, administrador y se entrega a su misión en cuerpo y alma. Hay que recordar que gasta de su propio dinero para enviar a sus alumnos a formarse a Europa, especialmente a Francia, para que puedan regresar y desarrollar el estudio de la ciencia en el Perú.

Algunos caballeros nobles de Lima miraban por entonces a la profesión de médico con cierto desdén. Venciendo los prejuicios de su tiempo, impulsando la llegada de las novedades en los estudios de Anatomía y de Medicina, Cayetano incorporó, en una ciudad tan conservadora, los avances de la biología. Durante su gestión en la Escuela de Medicina fue asimilando a los mejores científicos extranjeros que llegaban a Lima. Convenció a muchos de ellos que fueran profesores en la Escuela. De ese modo, incorporó a Emanuele Solari, Sebastián Lorente y por supuesto, Antonio Raimondi. Hay que pensar lo que serían los estudios de ciencia y medicina en el Perú sin el aporte de esos y otros extranjeros que se hicieron peruanos. Cuando muere en Miraflores en 1861, el doctor Cayetano ya es el gran impulsor de la medicina peruana. Se había convertido en una figura esencial en la formación de la ciencia, es decir del pensamiento en el Perú. Hoy por coincidencia, estamos recordando los ciento cincuenta años de su muerte.

El año entrante, estaremos recordando otro aniversario, el de los cincuenta años de la publicación de *La ciudad y los Perros*, que en 1962 ganó el premio Biblioteca Breve. Cuando terminó de escribir *La ciudad y los perros*, a los veintiséis años, la experiencia de vida de su autor, Mario Vargas Llosa, al igual que la de Cayetano Heredia, ya era variada y abundante. Antes de los dieciséis años, había vivido en distintas ciudades en Perú y Bolivia, y había pasado por varios colegios, donde había conocido a otros jóvenes venidos de distintas

Discurso preparado por el autor para ser pronunciado en la ceremonia en la que la UPCH otorgó el grado de *Doctor honoris causa* a Don Mario Vargas Llosa. El documento quedó inédito debito a un cambio de fecha.

regiones y de distintos estratos sociales del Perú. Había vivido cerca de la selva boliviana, en las costas de Piura y había conocido a otros muchachos inmigrantes o hijos de inmigrantes de la sierra peruana. Había sido alumno de uno de los peruanos más finos y cultos, del gran maestro Raúl Porras Barrenechea, pero también había mirado de frente a los ojos oscuros, siniestros del ministro Esparza Zañartu. Gracias a las experiencias de sus viajes, de sus distintos colegios, y a su curiosidad, desde muy joven había logrado conocer toda la variedad cultural y social, la riqueza y también lo mejor y lo peor, lo más hermoso y lo más terrible, lo más sublime y lo más sórdido del Perú.

Al igual que Cayetano, Mario Vargas Llosa vivió también los tiempos convulsos. Le tocó vivir y combatir de cerca dictaduras como la de Odría, la de Velasco y la de Fujimori. Conoció de los ataques que nuestro espíritu mezquino y provinciano produce con quienes pretenden innovar y transformar nuestra cultura cívica y política.

En sus novelas, los personajes son, al igual que su autor, rebeldes y transgresores. En ellos, la búsqueda y la rebelión, el lado creativo y el opositor, son parte de un mismo impulso. Es el afán de Alberto cuando llama al Sargento Gamboa y cuando se enfrenta luego al Jaguar en la celda y cuando intenta que el crimen del Esclavo no quede impune, aunque pueda irle en ello la vida. Es la obsesión también de Zavalita cuando, hastiado de ese mediodía nebuloso a través del cual se le aparece el tráfico de Lima y el deterioro del Perú, encuentra a Ambrosio en la perrera, y le pregunta por fin si su padre lo mandó a matar a Queta, y cuando al hacerlo también le está preguntando qué pasó en esa malhadada dictadura y quizá también qué fue de nuestro país en medio de la podredumbre de ese gobierno. Es también el afán del líder aguaruna Jum, cuando desafía a los comerciantes del caucho y debe sufrir por ello ser colgado de los tobillos y ser torturado. Es también el impulso de Pantaleón que busca fundar un mundo perfecto, una comunidad integrada por las visitadoras, impermeable al caos y el desorden del mundo de afuera, y que busca reemplazar el sistema caótico, las voluntades disciplinadas, inciertas del ejército, es decir de la realidad, por el de un mundo utópico, que opone a ella, la afirmación de

sus sueños. Esa obsesión alimenta también el fuego oscuro que anida en los ojos del Condeilhero que ocupa la hacienda del barón de Cañabrava, agrupa en torno a él al León de Natuba, al Beatito, a María Cuadrado, a los marginados del sertao brasileiro para hacer la gran revolución de los Canudos, frente a la República, y a quien sus seguidores ven elevarse a los cielos al final del libro. Y es, qué duda cabe, también la pasión que nutre a la gran Flora Tristán, hija del coronel arequipeño, Tristán Moscoso, sobrina de Pío, que visita el Perú, conoce a la Mariscal, admira la libertad de las mujeres limeñas y que inicia su lucha contra la injusticia y las desigualdades en “Peregrinaciones de una paria”. Y la de Paul Gauguin, el pintor de los ojos azules, saltones y movedizos, que conoció el Perú de niño, alguna vez usó el apelativo de “peruano salvaje” para justificar sus innovaciones pictóricas y que en París y en Tahití revoluciona con sus mágicas pinturas la forma que desde entonces tenemos los seres humanos de ver el cuerpo y de percibir las formas sensuales que sus cuadros graban en nuestra memoria. Para Gauguin, como para todos sus compañeros en el mundo de Vargas Llosa, vivir es un continuo acto de creación.

Sumándose a estos personajes, sin duda, mientras carga sus carteles por las calles de Lima, a la cabeza de su grupo de cruzados, estaría el profesor Aldo Brunelli que quiere mantener el mundo que los balcones limeños representan. Y también sin duda, aparecería en este desfile de transgresores y soñadores, el cuerpo hermoso, seductor, hechizante, mercurial, de la “niña mala” que lucha contra las limitaciones de la realidad gracias a su capacidad por ser muchas mujeres y de vivir muchas vidas y que entiende, como una Madame Bovary moderna, que eso solo es posible en el universo de las ficciones verdaderas. En la frente sudorosa de Pedro Livio, que piensa en Olga, su mujer, en Huáscar Tejeda Pimentel esperando las señales de Antonio Imbert, apostados con los demás conspiradores, en un Oldsmobile negro, mientras llega el Chevrolet de Trujillo, anida sin duda también ese afán por la revuelta, la transgresión, la rebelión de la verdad. Ellos, como los anteriores, son también nuestros héroes precisamente porque son seres humanos vulnerables, avasallados por el miedo y el dolor.

Me parece que estos personajes están aquí esta mañana aplaudiendo con nosotros al autor que los ha puesto para siempre en nuestras vidas. Todos ustedes los conocen. Ninguno de ellos es perfecto, sin duda. Todos están llenos de defectos y carencias y de ideales. Precisamente por eso los queremos, los respetamos, los acompañamos, así como ellos nos acompañan. Están también Rigoberto y el niño Fonchito y su madrastra, y Katy, y Mayta y el gran, el portentoso Pedro, el escritor. Se trata de una legión de rebeldes. Nos han acompañado con frecuencia. Nos han hecho ver el mundo como ellos. Conocemos sus consignas. La de no aceptar los dictámenes de la realidad. La de rechazar los abusos del poder. La de buscar lo que podemos hacer para encontrarnos en la utopía. Estas son las consignas vitales de los personajes de Vargas Llosa. ¿No son también las nuestras?

Nuestras vidas, y la vida del Perú, les deben mucho a las novelas pero también a la vida de Mario Vargas Llosa. Les debemos haber defendido en las páginas de los libros, nuestra capacidad por rebelarnos y también nuestra capacidad de soñar. Les debemos habernos ofrecido sus vidas como caminos en el difícil arte de convivir con la injusticia y el poder. Pero les debemos sobre todo, creo, su humanidad, es decir su dolor, su vulnerabilidad, su determinación, y su fe. Esa fe que comparte con el doctor Cayetano Heredia es la que creo que celebramos y agradecemos hoy día.

Celebramos la idea de la vida como un descubrimiento, como una aventura, lejos de las consignas y las ideologías cerradas y los dogmas, es esencial a la vida de un creador, de cualquier creador, es decir de cualquier hombre libre, sea cual sea su profesión. Esta fe está lejos de los dogmas, de las consignas y de los atrasos que han acosado a nuestro país desde los tiempos del doctor Cayetano Heredia, y mucho antes.

Este sentido del viaje, del riesgo, de la aventura, ha sido siempre parte de su vida. Su temprana opción de participar en los procesos de su tiempo lo hizo abrazar muy joven la carrera del periodismo, una actividad que no ha abandonado desde entonces. El periodismo para Vargas Llosa, como la educación para Cayetano Heredia, fue su modo de mostrar que le interesaba estar siempre con la gente. Los medios de comunicación

son las plazas del mundo moderno, el lugar donde se encuentra la gente, como lo era el ágora para Sócrates. Esta participación, así como su carrera política, ha sido siempre un riesgo. En ella, Vargas Llosa ha ofrecido su compromiso con los ideales de la libertad, del progreso, así como su compromiso con la difusión del arte y el pensamiento.

Me imagino que por eso don Cayetano habría visto con enorme cariño y admiración a quienes estamos aquí hoy día para hablar de alguien que ha heredado su capacidad de persistencia. Mario Vargas Llosa, como él, vivió en tiempos asombrosamente difíciles. Y como él, persistió. Cayetano Heredia persistió en crear un culto a la ciencia, en convertirse en profesor de medicina, en crear una Facultad, en traer al Perú los progresos de la modernidad. Nunca perdió la fe. Mario Vargas Llosa, tampoco.

Al igual que él, Mario Vargas Llosa sigue persistiendo en sus lecciones de civismo, en su capacidad de creador, en su labor periodística como difusor del arte la literatura, en su apuesta por la decencia, en su vocación de escritor. Mantener sus ideales personales en un medio tan duro es una obsesión común a ellos. Cayetano y Mario Vargas Llosa son de la especie que no se rinde, que no puede ser derrotada.

En estos años el Perú ha cambiado muchas veces. Hemos visto construirse y destruirse dictaduras. Hemos asistido a las grandes dificultades de la consolidación de nuestra democracia. Hemos visto entronizarse pillos y a hombres probos sufrir vergüenzas y acusaciones. Una guerra ha marcado nuestra sociedad y ha revelado, en su crudeza, nuestras enormes brechas sociales y culturales. Muchos peruanos han perecido víctimas de la violencia de las balas y también de la incomprensión, el racismo y las brechas que dividen nuestra sociedad. Muchas ideologías y afirmaciones dogmáticas se han derrumbado. Algunos valores democráticos han reafirmado su vigencia entre nosotros. De todo aquello, ¿hemos aprendido una lección? ¿Somos un país más armónico, más integrado, más conocedor de sí mismo? No estoy seguro de la respuesta pero me parece que con todos estos golpes y derrumbes, alguna conclusión hemos sacado. Creo que somos menos tolerantes a

la corrupción y al autoritarismo, dos de las grandes lacras de nuestra historia. Sabemos que la ciencia y la tecnología no son sino herramientas para superar nuestro atraso, si sabemos darles un uso humano. Hemos comprendido por fin que sin ellas, hoy seríamos un país mucho más desarrollado. A lo largo de nuestra historia a los peruanos nos han acompañado algunas voces ejemplares. Cayetano Heredia fue una de las esenciales en el siglo XIX. En los tiempos modernos, ninguna ha sido tan brillante, tan influyente, tan tenaz en ese proceso como la de Mario Vargas Llosa. Cuestionador permanente, su voz se ha alzado en episodios claves como el de la matanza en Uchuraccay, en el intento de estatización de la banca y en las satrapías de la dictadura que hasta hace algunos años nos asolaba. Al hacerlo, ha seguido un camino parecido al de sus personajes, ha sido a la vez un soñador y un rebelde.

Peruanos como él nos han hecho ver a todos que valía la pena luchar por valores como la justicia social y por la libre expresión desde una tribuna que exalta los valores de los individuos y el derecho de cada uno a satisfacer sus necesidades básicas, su derecho a una vivienda, a una educación, a un trabajo y a la libertad.

Por todo ello, la distinción que le otorga hoy la universidad es la distinción a un fabulador pero también a un luchador. Su afirmación, su defensa, su compromiso, nos han servido a muchos para creer en estos valores con los que Cayetano Heredia persistió en su vocación de científico y de maestro. Ese espíritu se reencarna en la distinción que la Universidad con su nombre le otorga hoy a un escritor que siguió peleando en sus libros y en las calles, y que nos acompaña por este camino permanente, el de persistir en los ideales. Esos ideales que gracias al estímulo de grandes peruanos como Cayetano Heredia y como Mario Vargas Llosa, siguen brillando también en nuestro corazón.